TRES MAESTROS: RICHARD KINKADE, FEDERICO CORRIENTE, MANUEL ALVAR EZQUERRA

Francisco Marcos Marín
University of Texas at San Antonio

Están presentes en todos nosotros las pérdidas sufridas por todas las ramas del saber en 2020 y, en nuestro caso, especialmente las de nuestros estudios filológicos. Desde el lamento por todas ellas y, especialmente, la de Francisco Rodríguez Adrados, he decidido dedicar esta nota al recuerdo de tres maestros con los que tuve una relación personal y de los que puedo dar la imagen de pervivencia en mi propia vida, más allá de lo estrictamente profesional. Son numerosos los lugares, monografías y enciclopedias en los que se pueden encontrar datos, bibliografías amplias y críticas académicas de los tres. Sin renunciar a esas referencias, imprescindibles cuando se habla de investigadores de tal valía, trataré de orientar este recuerdo hacia la proyección humana, de humanistas, de sus vidas y obras. Mi larga relación con los tres puede dar ese carácter a su obra que la lectura desde el mero interés científico no permite. Al menos ésa es mi intención. Los he colocado por orden de edad, pero mi conocimiento y relación con los tres siguió el orden inverso.

Richard Kinkade me propuso como Profesor Visitante en la Universidad de Arizona en 1995 y además me acogió en su casa hasta que pude disponer de un alojamiento propio. Conocía su obra desde la publicación por Gredos de *Los "lucidarios" españoles* en 1968. Convivir con él me enseñó cómo su centro investigador se situaba después del primer tercio del siglo XIII. Pudo plasmarlo en su gran obra, en 2019, muy poco antes de que se presentase la enfermedad fatal: *Dawn of a Dynasty: The Life and Times of Infante Manuel of Castile* (Toronto: University of Toronto Press) y en versión española, *Albores de una dinastía: la vida y los tiempos del infante Manuel de Castilla (1234-1283)*. (Albacete: Instituto de Estudios Albacetenses "Don

Juan Manuel"). Con John E. Keller había publicado en 1984 un libro fundamental: *Iconography in Medieval Spanish Literature.* Trece libros y más de un centenar de artículos, reseñas y notas, junto a docenas de tesis de Máster y de doctorado resumen en números la aportación bibliográfica de este investigador que, nacido en Los Ángeles en 1939, mantuvo una estrecha relación con Arizona la mayor parte de su vida. En 1946 empezó en Tucson, Arizona, sus estudios elementales, que terminó en Pensilvania, de donde pasó a la Universidad de Yale, en la que se doctoró en 1965. En 1966 empezó su carrera académica de nuevo en Tucson, en la Universidad de Arizona. Entre 1971 y 1982 fue director de departamento en Emory University y en la University of Connecticut y pasó un año como Profesor Visitante en Yale. 1982 fue el año de su regreso a la Universidad de Arizona, Tucson, como primer decano de Humanidades, cargo que ocupó hasta 1987. Se retiró de la enseñanza regular en 2018, como profesor emérito.

Quien piense que un filólogo, un medievalista, es una persona que se pasa la vida encerrado entre librotes, viajando, como mucho, de biblioteca en biblioteca, tendrá una idea muy alejada de la realidad de Dick Kinkade. Cuando era estudiante de secundaria en The Hill School de Pottstown, en Pensilvania, fue miembro del equipo de natación de All American Prep School en tres competiciones, entre 1955 y 1956. Además de un excelente caballista, a quien tuve ocasión de acompañar en recorridos inolvidables por Arizona, era capitán de yate y en el suyo lo acompañé a pescar por el Golfo de California, donde disfruté de la hospitalidad de su casa mexicana en Sonora y traté de compensar con algún arroz mi escasa disposición para la pesca, si bien en esas aguas pescábamos todos. Era sobre todo un muy buen piloto y, aunque nunca volamos juntos, sí colaboré (mínima pero consistentemente) en la construcción del avión que montó con su hijo menor en el garaje de casa y en el que tenía previsto visitarme en San Antonio. En un campo más cultural, si se quiere, era un extraordinario pianista. En las temporadas que viví con ellos, las horas de piano, junto al cuadro chino en cuya correcta colocación pude cooperar, fueron momentos para siempre.

Es natural, por todo ello, que su presencia en el campo de las humanidades de la Universidad de Arizona supusiera un contacto continuo con todos los participantes en su desarrollo, profesores y alumnos, entendiendo este último término de modo permanente, porque para él la educación era un proceso que continuaba durante toda la vida. Más de veinticinco mil miembros de la comunidad se beneficiaron de esa actividad educativa. Con su correcto español, con un leve acento mexicano, Richard es, para mí, uno de los tres mayores especialistas en castellano medieval de los Estados Unidos. Me uno al cariño y la admiración de sus discípulos y con ellos conservaré su memoria.

En 1975 Federico Corriente llegó a Zaragoza para dirigir los estudios de árabe y se alojó en uno de los apartamentos para profesores del Colegio Mayor Pedro Cerbuna, un piso encima de la residencia del subdirector, que ocupábamos mi familia y yo. Un semestre de vida colegial compartida permite conocer la dimensión humana que, como en este caso, no fue inferior a la científica. No hablo de ningún camino de perfección. Federico fue exigente consigo mismo y con sus amigos y colaboradores. Podía serlo porque era, además, extremadamente generoso. Para dar una muestra no filológica de su exigencia y generosidad me bastará referirme a que, siendo un estupendo tenista, no tuvo inconveniente nunca en compartir conmigo las pistas de la Universidad de Zaragoza y llevar con paciencia y cordialidad la diferencia de calidad. Cuando viajamos juntos por Marruecos también comprobé su capacidad de adaptación, que llegó a un momento para mí insuperable, cuando en la cena posterior a una reunión científica, fue capaz de improvisar un cejel en árabe, entre los entusiasmados aplausos de los asistentes.

Nacido en Granada en 1940, su paso por Canarias lo marcó personalmente y fue esencial para el desarrollo de su interés por las lenguas. Lingüista, sobre todo, dentro de la mejor tradición española dedicó su trabajo equitativamente a la gramática, el léxico y la literatura. En los tres campos fue un innovador total. Como educador ejerció como licenciado en Egipto y Marruecos y en Brasil y en los Estados Unidos, fuera de España, tras su doctorado en la Complutense en 1967.

Por propia experiencia puedo decir que conocía todas las lenguas semíticas, desde las etiópicas al siriaco y del árabe tenía un conocimiento tan extraordinario que los árabes podían decir de él, como Ibn Bassam del Cid Campeador, que "era uno de los grandes milagros del Señor".

Cambiar la universidad española es misión imposible. Tras diez años en Zaragoza, en 1986 se trasladó a la Complutense y, cansado de golpearse contra la pared, regresó a Zaragoza en 1991. Con el extraordinario afecto de la universidad aragonesa, siempre de grato recuerdo, culminó la extraordinaria tarea de revitalizar la presencia de los arabistas españoles en el mundo.

Su obra se extiende mucho más allá de la completa reconstrucción del árabe andalusí y su influencia en las lenguas iberorrománicas. En el campo general semítico es autor de una *Introducción a la gramática comparada del semítico meridional,* y en el del arabismo, tradujo las odas preislámicas y escribió una gramática innovadora, de base estructural funcional, para mejorar la didáctica del árabe. Su diccionario árabe mejoró indiscutiblemente el acceso de los estudiosos hispanohablantes a esa lengua, con un criterio riguroso de selección de vocablos y acepciones. Incontables horas de incansable trabajo.

En el ámbito andalusí cabe señalar dos líneas. Por una parte, está la reconstrucción lingüística del árabe andalusí, primero como esbozo y luego como libro cumplido. En el campo léxico, esta línea se complementa con el estudio de los arabismos y la publicación del correspondiente diccionario, así como de los vocabularios y glosarios bilingües andalusíes. Junto a ella está también la dimensión textual y literaria, sobre todo en relación con las jarchas (sus *xarajat)* y el cejel, especialmente Aban Quzmán, a quien editó sucesivamente hasta lograr una versión coherente con su propuesta metodológica.

Esa propuesta lingüística metodológica de Federico supone una completa revisión de muchos postulados tradicionales del arabismo español. Los elementos romances que aparecen en jarchas y cejeles son considerados dentro de un entorno árabe. La idea de un "islam cristianizado" desaparece y esos elementos del dialecto romance andalusí (mal llamado 'mozárabe', término religioso, no lingüísti-

co) se integran en la dimensión árabe y musulmana de Alandalús, denominación que prefiere a la tradicional de Al-Ándalus. Al mismo tiempo, cuando vuelve la mirada hacia los elementos árabes en la lengua y la cultura iberorrománica, encuentra todo un universo de interrelaciones que aparece desgranado en una amplia variedad de publicaciones.

La etapa final e inconclusa de su vida estuvo marcada por el interés por el bereber y el norte de África. Tuve ocasión de hablar bastante con él de ello en mis dos últimas visitas a Zaragoza. Me pedía más pruebas de la pervivencia del latín en el Norte de África hasta la época musulmana y mantenía su habitual exigencia en todo lo concerniente a la situación lingüística de Hispania tras la conquista musulmana. Una muestra de su manera de ver las lenguas se encuentra en que para estos últimos trabajos prefiriera el francés sobre el inglés que había manejado en sus otros estudios para el público internacional. Me dijo textualmente que había que recuperar para el francés el lugar de prestigio como lengua científica que siempre había tenido en el campo de los estudios árabes e islámicos. Su interés por las lenguas, con la capacidad admirable que se aprecia en su traducción del libro de Jakobson sobre el verso checo, se mantuvo siempre. El hueco que su ausencia deja entre arabistas, hispanistas árabes y estudiosos de las lenguas tardará mucho en cubrirse y se cubrirá, muy probablemente, con otros aspectos y tendencias.

La bonhomía es la mejor caracterización, a mi juicio, de Manuel Alvar Ezquerra, un hombre bueno, en el sentido pleno de la palabra, cuyo sentido del humor facilitaba su vida y la de quien estuviese alrededor. En este caso, mi relación personal se remonta a la adolescencia, porque Manolo fue alumno de mi padre, Francisco Marcos de Lanuza, catedrático de matemáticas del Instituto Padre Suárez de Granada, entre 1960 y 1963, quien tuvo a Manolo en sus clases. No fuimos compañeros, porque soy unos años mayor, pero recuerdo que mi padre, aunque no esperaba que ese alumno suyo se dedicara a las Ciencias, le tenía mucha simpatía y, según don Manuel Alvar, padre, le ayudó en lo posible. Precisamente por eso, me dijo don

Manuel en 1968, me aceptó como Profesor Adjunto en la recién fundada Universidad Autónoma de Madrid, cuando llegó a ella de catedrático desde Granada.

Manolo Alvar, como lo conocíamos amigos y colegas para distinguirlo de su padre, nació en Zaragoza en 1950; pero su infancia y adolescencia transcurrieron en Granada, donde era catedrático su padre. El traslado de éste a Madrid en 1968 llevó a Manolo a la Universidad Autónoma donde se doctoró en 1974. También por consejo paterno pasó a estudiar en Francia, especialmente bajo la dirección de Bernard Quemada. Hizo su tesis de tercer ciclo y se inició en la lexicografía computacional, que sería ya el gran campo de trabajo de su vida. La Laguna, Málaga, una breve estancia en Alicante antes de regresar a Málaga y la Complutense (1996 hasta su jubilación en 2017) marcan las etapas de su carrera española. Fuera de España, además de Ruán, París III, Lovaina la Nueva, Bérgamo, Madison (Wisconsin) y La Habana, hay que señalar una incesante actividad en conferencias y congresos, cursillos y seminarios, especialmente, pero no sólo, en Europa.

Menos activo en otros deportes, era un gran caminante, con quien se podían recorrer ciudades durante horas, disfrutando de una conversación que salía de los cauces habituales de colegas y que matizaba ese sentido del humor, nada acre, que hacía que ir con él fuera equivalente a ir sonriendo. Coincidí con él menos de lo que hubiera querido y menos de lo que lo hice con los dos amigos recordados anteriormente; pero recuerdo con agrado total todas esas veces y ahora me doy cuenta de todo lo que supuso en mi vida saber que, desde un campo complementario del mío en Lingüística Computacional, coincidíamos, sin chocar nunca, en la necesidad de convencer a todos los profesionales de que era imprescindible trabajar con corpus si se quería construir diccionarios fiables. Es curioso que sólo discrepáramos en esa palabra, en plural, porque él se empeñaba en usar el plural latino-anglo *corpora,* en lugar del correcto español, igual al singular, *corpus,* propio de toda palabra que termina en -s en sílaba átona (*crisis, síntesis, ficus, cactus).*

La obra en once volúmenes *Nuevo tesoro lexicográfico del español (s. XIV-1726)*, en colaboración con Lidio Nieto

Jiménez, una figura del humanismo español contemporáneo que merece amplia gratitud y reconocimiento, puede calificarse, con justicia, de monumental.

En varias ocasiones me solicitó datos sobre diccionarios que no estaban a su alcance o de los que tenía referencias incompletas, como los relacionados con la colección Foulché-Delbosc, en la Biblioteca Nacional de la República Argentina. Esos intercambios nos servían a los dos, porque aportaban cosas que uno u otro necesitábamos para seguir con nuestra investigación.

En la faceta didáctica, tan presente en la vida de los tres investigadores cuyos decesos lamentamos, dirigió diccionarios y colaboró en distintos manuales y obras de referencia, demás de ocuparse de manera directa del desarrollo científico de los miembros de sus equipos y de muchos colegas jóvenes que le pidieron frecuentemente consejo y ayuda. Era habitual verlo rodeado de ellos en congresos y reuniones. En el sentido didáctico de la divulgación, se interesó por ofrecer a un público amplio un par de libros sobre la vida de las palabras, terreno en el que también coincidimos y en el que intercambiamos información con frecuencia, por ejemplo, en lo relacionado con *alirón,* que no es un arabismo como propuso Corriente en algún momento, sino una adaptación del inglés *all iron* ('todo hierro'), que se ponía en la caja pagadera de la mina y que originalmente significaba pago doble por extracción de metal puro. Esta circunstancia, como es natural, era acogida con júbilo y es fácil suponer que, adaptado al español, se gritaría como *alirón* por los primeros de la fila de obreros para el cobro. Hasta ahora ninguno de los dos hemos podido precisar si el origen estuvo en las minas de Riotinto o en las de Vizcaya. No se olvide que el club decano del balompié español es el Recreativo de Huelva. En ambas zonas coinciden minas y temprano interés balompédico.

Compartimos también el interés por ofrecer repertorios de obras y archivos digitales por internet. En su caso la *Biblioteca Virtual de la Filología Española,* con ejemplares completos digitalizados. Asimismo, fueron comunes los quebraderos de cabeza que supone la dirección de una revista, más largos en el tiempo y de dos de ellas, en su caso: *Voz y Letra* y *Lingüística Española Actual.* Con un

artículo en esta última, ya aceptado, espero tener ocasión de despedirme de él. Otra ausencia que pesa.

Como dije al principio, he querido expresar en esta nota una visión personal, un agradecimiento por los momentos compartidos en la vida y por lo que los tres supusieron en el desarrollo de la mía. Si a alguno resultare algo excesivo el recuerdo de detalles personales, de actividades ajenas a la lengua y la literatura, le pido que se concentre en el reconocimiento de lo mucho que estas tres figuras magistrales nos han dado a todos y en que ese recuerdo implica un deseo de hacer ver cómo eran como seres humanos, no sólo como cabezas que piensan y manos que escriben.